

época, del ejercicio y del éxito. Era estrecho y va á estrecharse más. En el siglo XVIII, es impropio hacer figurar la cosa viviente, el individuo real tal como efectivamente existe en la naturaleza y en la historia, esto es, como un todo indefinido, como una rica randa, como un organismo completo de caracteres y particularidades superpuestas entrecruzadas y coordinadas. Le falta espacio para admitirlos y colocarlos. Aparta los más que puede, hasta el punto de no conservar mas que un reducido extracto, un residuo evaporado, un nombre casi vacío; en una palabra, lo que se llama una abstracción hueca. En el siglo XVIII no hay nada vivo como no sean los pequeños bosquejos borroneados de paso y como de contrabando por Voltaire, el barón de Thundertentrunk, mylord Whatthen, el barón de Thundertentrunk, mylord Whatthen, los figurines de sus cuentos y cinco ó seis retratos de segundo término, Turcaret, Gil Blas, Mariana, Manon Lescaut, el sobrino de Rameau, Figaro; dos ó tres bocetos de Crebillon hijo y de Collé, obra en que la familiaridad dió paso al calor y que puede compararse á la de los pequeños maestros de la pintura, Watteau, Fragonard, Saint-Aubin, Moreau, Lancret, Pater, Baudouin, y que admitidas difícilmente ó por sorpresa en el salón oficial, continúan subsistiendo en él, cuando los grandes cuadros serios se enmohecen bajo el hastío que exhalaban. En todos los demás puntos la savia está seca y en vez de plantas florecientes no se hallan sino flores de papel pintado. ¿Qué son tantos poemas como aparecen desde la *Enriada*, de Voltaire, hasta los *Meses*, de Roucher ó la *Imaginación*, de Delille, sino trozos de retórica guarnecidos de rimas? Recórranse las innumerables tragedias y comedias cuyo extracto mortuorio nos dan Grimm y Collé, y hasta las buenas piezas de Voltaire y de Crebillón, y más tarde las de los autores en boga Du Belloy, La Harpe, Ducis, María Chenier. Elocuencia, arte, situaciones, buenos versos, de todo hay en ellas, menos los hombres; los personajes no son mas que maniqués bien enseñados, y la mayor parte de las veces trompetas, con las cuales lanza el autor al público sus declamaciones. Griegos, romanos, caballeros de la Edad media, turcos, árabes, peruanos, guebros, bizantinos, todos ellos tienen el mismo mecanismo, las tandas de versos. Y el público no se sorprende de ello; no hay el sentido histórico; admite que el hombre es el mismo en todas partes; hace una ovación á los *Incas*, de Marmontel, al *Gonzalvo* y á las *Noticias*, de Florian, á todos los labriegos, obreros, negros, brasileños, parsis, malabares que van á declamarle sus amplificaciones. No se ve en el hombre mas que

una inteligencia razonadora, la misma en todas las épocas, la misma en todos los lugares; Bernardino de Saint-Pierre la presta á su *Paria*, y Diderot á sus *Otaitianos*. Es de regla que, naturalmente, todo espíritu humano hable y piense como un libro. Por esta causa, ¡cuánta insuficiencia en la historia! A excepción de Carlos XII, un contemporáneo que Voltaire reanima merced á los relatos de testigos oculares, exceptuando los vivos escorzos, los leves croquis de ingleses, franceses, españoles, italianos ó alemanes, que como de paso siembra en sus cuentos, ¿dónde están aquí los hombres? En Hume, Gibbon, Robertson, que son de la escuela francesa y adoptados inmediatamente en Francia, en las investigaciones de Dubos y de Mably sobre nuestra Edad media, el *Luis XI*, de Duclós, en el *Anacarsis*, de Barthelemy, hasta en el *Ensayo sobre las costumbres* y en el *Siglo de Luis XIV*, de Voltaire, hasta en la *Grandeza de los romanos* y el *Espíritu de las leyes*, de Montesquieu; ¡cuán extraño vacío! Erudición, crítica, buen sentido, exposición casi exacta de los dogmas y de las instituciones, consideraciones filosóficas sobre el encadenamiento de los hechos y el curso general de las cosas, nada falta sino las almas. Parece al leer esos autores que los climas, las instituciones, la civilización, que transforman por completo el espíritu humano, sean para ellos simples exterioridades, accidentales envolturas que lejos de penetrar hasta el fondo, apenas si tocan la superficie. La prodigiosa diferencia que hay entre los hombres de dos siglos ó de dos razas, les pasa desapercibida. El griego antiguo, el cristiano de los primeros siglos, el conquistador germano, el hombre feudal, el árabe de Mahoma, el alemán, el inglés del renacimiento, el puritano, aparecen en sus libros casi lo mismo que en sus grabados y en sus portadas, con algunas diferencias de traje, pero con los mismos cuerpos, los mismos rostros y la misma fisonomía, atenuados, desbastados, decentes, acomodados al buen parecer. La imaginación simpática por medio de la cual el escritor se transporta ó pone en lugar de otro y reproduce en sí mismo un sistema de costumbres y de pasiones contrarias á las suyas, es el talento que más falta en el siglo XVIII. En su segunda mitad, exceptuando á Diderot que la emplea mal y á la ventura, se agota enteramente. Considérese sucesivamente en Francia y en Inglaterra durante el mismo período el género en que más se emplea la novela, especie de observatorio portátil que puede llevarse á todas partes y es el más propio para reflejar todas las fases de la naturaleza y de la vida. Después de haber leído toda la

serie de los novelistas ingleses, de Foe, Richardson, Fielding, Smollett, Sterne y Goldsmith, hasta mis Burney y mis Austen, conozco la Inglaterra del siglo XVIII; he visto los *clergymen*, los gentil-hombres de la campiña, los arrendatarios, los posaderos, los marinos, gente de todas condiciones, altas y bajas; conozco el detalle de las fortunas y de las carreras, lo que se gana, lo que se gasta, cómo se viaja, lo que se come, lo que se bebe; tengo en mi mano una serie de biografías circunstanciadas y precisas, un cuadro completo con mil escenas de la sociedad entera, el más amplio arsenal de datos con los cuales guiarme cuando quiera hacer la historia de ese mundo desaparecido. Pero si leo la serie correspondiente de los novelistas franceses Crebillon hijo, Rousseau, Marmontel, Laclós, Restif de la Bretonne, Louvet, Mme. Staël, Mme. de Genlis, y los demás, incluso Mercier y hasta Mme. Cottin, casi no puedo tomar ni una sola nota; los pequeños hechos positivos é instructivos están omitidos; veo cumplimientos, galanterías, cortesanas, chuladas, disertaciones de sociedad, y nada más. Se guardan muy bien de hablarme de dinero, de darme cifras, de relatarme un casamiento, un proceso, la administración de una hacienda; ignoro la situación de un cura, de un señor rural, de un prior residente, de un administrador, de un intendente. Todo lo que se refiere á la provincia y al campo, á la burguesía y á la tienda, al ejército y al soldado, al clero y los conventos, á la justicia y la policía, al negocio y la hacienda, queda vago ó es falso; pues si bien antes de 1750 se halla algo de eso en *Gil Blas* y en *Mariana*, el traje español impide á las novelas de Lesage el ser tan instructivas como pudieran. Para encontrar en las demás alguna cosa, también me veo obligado á recurrir al maravilloso Voltaire, que cuando se despoja del gran uniforme clásico, está á sus anchas y lo dice todo. Sobre los órganos más vitales de la sociedad, sobre las reglas y las prácticas que van á provocar una revolución sobre los derechos feudales y la justicia señorial, sobre el reclutamiento y el interior de los monasterios, sobre las aduanas provinciales, las corporaciones y maestrazgos, sobre el diezmo y la prestación, nada me enseña la literatura. Debe hacerse una excepción á favor de los cuentecitos de Diderot, en que se hallan algunos detalles buenos, especialmente en *Los dos amigos de Bourbonne*, pero en otras partes, y en particular en la *Religiosa*, es hombre de partido y da impresiones falsas.

No parece sino que para esa literatura no haya más que salones y literatos. Lo demás es como si

no existiera; detrás de una buena reunión que charla, la Francia parece vacía. Cuando venga la Revolución, el cercenamiento será mayor aún. Léanse las arengas de la tribuna y del club, las memorias, los preámbulos de ley, los folletos y tantos otros escritos inspirados por acontecimientos presentes y graves y no se halla en ellos ni la menor idea del ser humano tal como á la vista se halla en el campo, y en la calle; se le figuran siempre como un simple autómatas cuyo mecanismo se conoce. Para los escritores era al mismo tiempo un organillo de frases, para los políticos un organillo de votos al que basta tocar casi un dedo el sitio conveniente para hacerle dar la contestación conveniente. Nunca hechos; nada más que abstracciones, sargas de sentencias sobre la naturaleza, la razón, el pueblo, los tiranos, la libertad, especie de globos hinchados é inútilmente entrelazados en el espacio. Si no se supiera que todo ello termina en efectos prácticos y terribles, creeríase ser un pasatiempo de lógica, ejercicios de escuela, ostentaciones académicas, combinaciones de ideología. Y, en efecto, la ideología, postrer producto del siglo es la que va á dar con el espíritu clásico la fórmula final y á pronunciar la última palabra.

### III

Seguir en todas las investigaciones con una confianza completa, sin reservas ni precauciones el método de los matemáticos; extraer, circunscribir, aislar algunas nociones muy sencillas y generales; luego abandonando la experiencia, compararlas, combinarlas, y del compuesto artificial así obtenido, deducir con el puro razonamiento todas las consecuencias que encierra; tal es el procedimiento natural del espíritu clásico. Y le es tan innato, que se le encuentra igualmente en ambos siglos, en Descartes, Malebranche y los partidarios de las ideas puras (1) lo mismo que en los partidarios de la sensación, de la necesidad física, del instinto primitivo, Condillac, Rousseau, Cabanis y Destutt de Tracy. Estos se ti-

(1) Para alcanzar la verdad, basta atender las ideas claras que cada uno halla en sí mismo. (Malebranche, *Investigación de la verdad*, lib. I, c. I.—«Estos largos encadenamientos de racionales todos sencillos y fáciles de que los géometras tienen costumbre de usar para llegar á sus más difíciles demostraciones, me habian dado pié á pensar que todas las cosas que pueden someterse al conocimiento de los hombres se suceden de la misma manera.» (Descartes, *Discurso del método* I, 142.) En el siglo XVII se establece *á priori* con ideas, en el siglo XVIII con sensaciones, pero siempre según el mismo procedimiento que es el de los matemáticos, y que se desarrolla por completo en la *Ética* de Spinoza.